

Senderos extraviados, flujos libidinales e imágenes del pensar en *La interpretación de los sueños* (1900 [1899])

Lost paths, libidinal flows and images of thinking in The Interpretation of Dreams (1900 [1899])

Niklas Bornhauser*
Universidad Andrés Bello
nbornhauser@unab.cl

DOI: 10.5281/zenodo.13883072

Recibido: 11/04/2024 **Aceptado:** 01/05/2024

Resumen: La interpretación de los sueños (1900 [1899]) ocupa un lugar nodal en la enrevesada genealogía del comprender en Occidente. Algunas de sus principales lecturas han puesto el énfasis en el concepto de lenguaje y su analogía estructural con lo inconsciente. Sin cuestionar la validez de estas lecturas, se propone una lectura –no excluyente, sino alternativa– que parte, por un lado, de la noción de lengua y, por el otro, de aquella de imagen del pensar.

Abstract : The Interpretation of Dreams (1900 [1899]) occupies a nodal place in the convoluted genealogy of understanding in the West. Some of its main readings have emphasized the concept of language and its structural analogy with the unconscious. Without questioning the validity of these readings, we propose a reading –not excluding, but alternative– that starts, on the one hand, from the notion of language as lingua or idioma and, on the other, from that of the image of thinking.

Palabras clave Interpretación – psicoanálisis – Freud – sueño – lengua – imagen

Keywords: Interpretation – psychoanalysis – Freud – dream – dream – language – image

* Profesor titular Universidad Andrés Bello.
<http://orcid.org/0000-0001-5655-4668>

“Un hada bondadosa promete a una pobre pareja, marido y mujer, el cumplimiento de sus tres primeros deseos. Encantados de la generosidad del hada, se propusieron escoger con sumo cuidado sus tres deseos; pero la mujer, seducida por el olor de unas salchichas que en la cabaña vecina están asando, desea para sí un par de ellas. Y en el acto aparecen sobre la mesa, quedando cumplido el primer deseo. Furioso, el marido en su enojo pide que las salchichas aquellas vayan a colgar de las narices de su [aquí López-Ballesteros agrega, no se sabe bien por qué: imbécil] mujer. Esto es cumplido y las salchichas no pueden removerse de su nuevo lugar; he ahí el segundo cumplimiento de deseo. [...] Puesto que los dos en el fondo son uno, el tercero ha de ser el de que las salchichas vuelvan a quedar sobre la mesa.”

(Sigmund Freud, *Die Traumdeutung*)

La interpretación de los sueños (1900 [1899]) tiene su lugar asegurado en el canon hermenéutico de Occidente. No solo reúne y pone en relación a algunos de los antecedentes relevantes para pensar el problema de la interpretación de los sueños, sino que repercute de manera diversa, irreductible a un efecto único, en la discusión ulterior del problema de la interpretación, por lo que se constituye como un verdadero texto (de) umbral¹ [*Schwellentext*] (Nischik & Rosenthal, 2002). Si bien es un escrito frecuentemente citado, no por ello necesariamente es leído con la misma frecuencia ni intensidad. 123 años después de su primera edición se puede decir a propósito de él lo que Achim Geisenhanslüke sentenció respecto del psicoanálisis freudiano en general, a saber, que, por mucho que su presencia parezca asegurada, no obstante, corre el peligro de ser olvidado (Geisenhanslüke, 2008). De esta manera, salvo en el caso de algunas lecturas puntuales, no se ha salvado de su asimilación neutralizante y se ha ido diluyendo su impacto disruptivo, en algunos casos hasta la irreconocibilidad. A la fecha es prácticamente imposible trazar, con exactitud y exhaustivamente, un mapa de las repercusiones que el texto ha tenido en sus lectores. Las diversas ramificaciones que de él se desprenden —y que, en parte, ya están dispuestas en el mismo texto—, necesariamente situadas y la mayoría de las veces insertas en una animada

¹ También se ha hablado de un “libro originario” o “primordial”, así como de un “texto fundacional” (Danckwardt, 2000; Ermann, 2005; Marinelli & Mayer, 2000).

discusión, simplemente exceden las posibilidades de cualquier abordaje ya sea descriptivo o comprensivo; al menos si no se quiere caer en (sobre)simplificaciones y reduccionismos; algo que, dicho sea de paso, ha caracterizado en exceso las lecturas de Freud. En consecuencia, y sin por ello estar a salvo de lo anterior, se renuncia de antemano a cualquier intento de emprender la tarea, de antemano fallida, de trazar un panorama general [*Übersicht*] de la incidencia de *La interpretación de los sueños* (1900 [1899]). Más que proyectar el mosaico infinito de la sucesión genealógica de sus apropiaciones, refutaciones, asimilaciones y sustracciones, se propone tomar como antecedente un momento particularmente productivo de sus incontables lecturas, a saber, el gesto de Jacques Lacan, situado de manera ejemplar en los seminarios II, V y VI, de retornar a la lectura los textos freudianos en el sentido explicitado por este en 1956 (Lacan, *La chose freudienne ou Sens du retour à Freud en psychanalyse*, 1956). No se trata, sin embargo, de reanudar aquella lectura, en la que el nudo u ombligo ocupa un lugar protagónico, por muy innegable que sea su rendimiento productivo, sino de intentar renovar, en lo que tiene de 'metodológico', su mismo gesto, a saber, su relación desprejuiciada, descubriente [*entdeckend*] a la referencia freudiana, leída precisamente como un texto —o un sueño. En el caso de Lacan, el énfasis en el lenguaje, concebido tal como lo había propuesto Ferdinand de Saussure², sirvió que se abriera paso una interpretación fecunda y original de su pensamiento, mientras que, al mismo tiempo, en la medida en que se afirmaba como interpretación válida, necesaria e inevitablemente excluyó a otras aproximaciones. Es posible distinguir, al respecto, dos clases de exclusiones: primero, una exclusión de carácter general, inespecífica, que opera sobre aquellas otras interpretaciones posibles que son descartadas por razones de espacio representacional al materializarse cualquier interpretación, independientemente de su contenido, intención o tono. Segundo, exclusiones particulares, puntuales, que aplican sobre interpretaciones que se basan en otros *aprioris* históricos, adhieren a otras epistemes o suscriben otro acervo conceptual. En este caso, se trataría de la segunda clase de exclusión, pues el énfasis en el concepto de lenguaje, según ha sido argumentado en otro lugar (Bornhauser, 2022), por muy productivo que resulte, obstruye la posibilidad de leer el texto de la mano de la noción de la lengua o, mejor dicho, de

² Según Uwe Wirth (2007), la concepción de signo en Lacan tendría que ver no exclusiva ni principalmente con Saussure —Gondek (1990) sugiere abiertamente que Lacan malinterpreta dicha idea—, sino también, o incluso más bien, con Charles Sanders Peirce.

las lenguas. Se propone, en ese sentido, una lectura no excluyente, sino complementaria, en suma, otra lectura posible. El mentado antecedente lacaniano, en lugar de establecer una interpretación dogmática a seguir, sirve como ejemplo de cómo reactualizar el descubrimiento freudiano que, lejos de darse por cerrado, requiere ser renovado permanentemente. Entendiendo que la relevancia de *Die Traumdeutung* (1900 [1899]) excede con creces a todo resumen instrumental de sus tesis principales y más bien guarda relación con el modo en que fue hecho el descubrimiento del que ella se jacta³, se propone un *close reading* de algunos de sus pasajes, con especial atención a las discrepancias entre sus dos traducciones oficiales al castellano y cómo éstas habilitan, respectivamente descartan, determinadas relecturas hechas a partir del predominio de la concepción del lenguaje según los autores anteriormente mencionados. Con ello se apunta a volver a sacar a la luz el particular modo de trabajar de Freud, un modo que está íntimamente emparentado al trabajo de texto y, a su vez, al trabajo onírico, y que es irreductible a fórmulas únicas o clausurantes. Específicamente, la pregunta en cuestión es ¿a qué estrategias interpretativas orientadas a su comprensión habilita la concepción freudiana del sueño como escritura? Esta pregunta será desarrollada atendiendo el modo en que se va articulando la comprensión freudiana del sueño en el texto, es decir, cómo se abre paso el qué. La hipótesis es que esta manera singular de decirse, debido a la doble sujeción a la lengua —pues, por un lado, la lengua es el *objet*, el asunto u objeto del tratado y, por el otro, está determinado por la dinámica de ella que es, a su vez, la dinámica de lo inconsciente—, es indisoluble del argumento.

1. Extensión, cantidad: en el camino

Die Traumdeutung (1900 [1899]) es un libro monumental, incluso monstruoso, en más de un sentido. En primer lugar, por su extensión: 642 páginas en la edición alemana publicada en 1942 por Fischer⁴, 576 en la apretada edición de Biblioteca Nueva de 2000 y 747 en la edición ‘oficial’ —al menos si de Sudamérica se trata— de Amorrortu. Entre los distintos formatos escriturales que adoptaba el

³ Este sobreentendido, que parece comprensible de suyo, no siempre ha sido comprendido así, como demuestran las abundantes lecturas jibarizadas, hipertrofiadas y mutiladas del texto freudiano que traicionan la consigna derridiana (Derrida, 1992) y no le hacen justicia a Freud.

⁴ Según cuenta Ilse Grubrich-Simitis (2000), la última gran revisión del texto fue realizada en 1930.

pensamiento de Freud (conferencias, artículos científicos, casos, ensayos, reseñas) destaca por ser uno de los pocos libros que escribió y, entre estos, el más extenso. En un sentido formal, marca el viraje [*Wende*] desde las ciencias biomédicas clásicas hacia un campo aún por ser establecido, que guarda cierta semejanza con la filosofía y las llamadas humanidades, pero que no se agota en ellas. Independientemente de que dicho giro ya se haya iniciado en los *Estudios sobre histeria* (1893-95) —o incluso, como se ha querido leer retrospectivamente, en el llamado *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1950 [1895])—, se podría argumentar que se efectúa, de manera ostensible, en el libro sobre los sueños, específicamente, en el paso sobre el abismo que separa el primer capítulo del segundo. En el primero de los ocho capítulos de *Die Traumdeutung* (1900 [1899]), titulado “La literatura científica de los problemas oníricos” (López Ballesteros decide conservar “literatura”, manteniendo así la palabra en latín *littera*, “la letra”, ya la alusión, el plural de *litterae* mediante, a “lo escrito”, los “documentos”, las “cartas”, incluso la “erudición” o las “ciencias”, mientras que Etcheverry, fiel a su adhesión al vocabulario de las ciencias naturales —y a la separación que postulan entre ellas y las ciencias “literarias” o “del espíritu”— emplea el convencional “bibliografía”), Freud se conforma con reunir, tal como lo haría Marx en los primeros capítulos de *Das Kapital*, sin mucho entusiasmo ni gracia, “una visión panorámica [*Übersicht*] acerca de los rendimientos de autores anteriores, así como el estado actual de los problemas oníricos en la ciencia” (1900/1942, p. 2). Tanto “visión de conjunto” (López Ballesteros) como “panorama” (Etcheverry) reproducen la figura visual empleada de manera introductoria por Freud —*Übersicht* literalmente es la ‘vista’ [*Sicht*] que se tiene ‘por sobre’ [*über*] algo, *übersehen* significa tanto ‘otear’, ‘hacerse una idea general’ como ‘no advertir’, ‘hacer la vista gorda’ y finalmente, *übersichtlich* es ‘fácil de abarcar con la vista’, ‘algo que salta a la vista’, ‘convinciente’— que luego, en un comentario retrospectivo, contrastará con “el oscuro bosque de los autores (que no ven los árboles), sin perspectivas, salidas ni esperanza [*aussichtslos*; retorna aquí la *Sicht*], rico en descaminos [*irwegreich*]” (Freud, 1962, pp. 249-250). Los *Irrwege*, los caminos [*Wege*] equivocados, que erran o vagan [*irren*] por ahí, están íntimamente emparentados con el perder o extraviarse [*sich verirren*] y, en última consecuencia, con un estado mental alterado [*Irrsinn*], asociado a la errancia del sentido [*Sinn*]. Es que el problema del sentido, y de sus errancias, son una preocupación no solo del psicoanálisis, sino de *La interpretación de los sueños* en particular, como consta en el siguiente pasaje, extraído del segundo párrafo del primer capítulo: “En las

hojas que siguen aportaré la comprobación [*Nachweis*] de que existe una técnica psicológica que permite interpretar sueños, y que, si se aplica este procedimiento, todo sueño resulta ser [*herausstellt*] como un producto [*Gebilde*] psíquico provisto de sentido [*sinnvoll*] que cabe ser colocado en un puesto [*Stelle*] determinado dentro del ajeteo [*Treiben*] anímico de la vigilia” (Ibidem). Una variación de esta idea se encuentra al inicio del segundo capítulo, titulado “El método de la interpretación de los sueños. El análisis del patrón de un sueño”, en el que dice: “«interpretar un sueño» significa indicar su «sentido», sustituirlo por algo que se inserte como eslabón de pleno derecho, con igual título que los demás, en el encadenamiento de nuestras acciones anímicas”.

Hay tres aspectos que se pueden destacar a partir de lo anterior: primero, hay ciertos significantes, ya sea palabras o fragmentos de las mismas (*Sinn, Stelle(n)*) que, a través de algunas transmutaciones, se repiten a lo largo del texto y van desplegando su propia red de relaciones de reciprocidad y sus propios efectos de significación; una suerte de texto entre líneas; segundo, que el propósito de todo el libro consiste en aportar una prueba, una demostración, una comprobación que señala [*weisen*] a algo —o hacia algún lugar o hacia una “técnica”— que permita interpretar sueños y así comprobar que estos son constructos, dotados de una forma o *Gestalt* determinada, integrada por partes individuales, pletóricos [*voll*] de sentido [*Sinn*]; y tercero, que hay un juego de desplazamientos que van desde que algo, por mucho que disimule [*verstellen*], resulta ser [*herausstellen*] otra cosa, o es puesto de relieve [*herausstellen*], destacado, literalmente puesto [*stellen*] afuera [*heraus*] para ser emplazado en otro lugar [*Stelle*]. Estos cambios de posición, basados en la movilidad de sus elementos, ilustran la movilidad del psiquismo, una movilidad descrita por Georges-Arthur Goldschmidt (1988) a partir del eje de coordenadas integrado por los verbos *stellen-legen*, por un lado, y *stehen-liegen*, por el otro. Las traducciones al castellano —en realidad, ninguna traducción—, por muy logradas que sean, no pueden reflejar ni el primero ni el tercer aspecto, ya sea por su tendencia (de los editores) a evitar repeticiones —relacionada, probablemente, con la mayor amplitud de su vocabulario—, ya sea porque no es una lengua tan concreta como el alemán ni posee las propiedades aglutinantes de éste. Se pierde, también, la ambigüedad de muchas de las expresiones empleadas, en el caso de algunas de ellas incluso su carácter contradictorio, como sucede, por ejemplo, con *übersehen* —de la que parte una serie que conecta este verbo con *übersetzen*, traducir, y *übertragen*, transferir, entre otros.

A propósito de la alusión al ver o a la vista, llama la atención la gran cantidad de figuras evocadoras de imágenes [*Bilder*]⁵, entre ellas, la de visión panorámica o de conjunto, camino equivocado o descamino, árboles que no se ven al perderse en el bosque, etc. En particular, la fantasía del paseo o *Spaziergang* (del italiano, *spatiāri*, “espaciar”, “abrirse paso” [en la traducción de Heidegger (2002, pág. 102)], “*ergehen*” [de *gehen*, “andar”, “caminar”], pasear), más que una alusión casual, es un principio de diseño y composición de sus textos en general y de *La interpretación* (1900 [1899]) en particular. En cuanto a los textos freudianos en general, Patrick Mahony (1981) ha advertido que estos no son reducibles a la prosa científica clásica que se conforma con representar, en un segundo momento, algo ya aprehendido en un primer momento, sino que, más bien, los mismos textos, escribiéndose, generan [*hervorbringen*] las intelecciones en cuestión.

En una carta a Fliess, escrita el 6 de agosto de 1899 durante su estadía en Berchtesgarden, donde debe haber emprendido más de una excursión⁶, se repite la idea de la caminata o de la excursión, cuando dice: “Pues todo está dispuesto como una fantasía de una caminata [*Spaziergangsphantasie*]. Primero está el umbrío bosque de los autores (que no alcanzan a ver los árboles), donde no hay una perspectiva clara y es fácil extraviarse. Sigo luego un desfiladero [*Hohlweg*] oculto a través del cual guío a mis lectores —mi sueño paradigmático, con sus peculiaridades, detalles, indiscreciones y chistes malos—. Por fin, de pronto, el altiplano, el vasto panorama, y la pregunta al viandante: ‘¿Adónde desea dirigirse ahora?’” (1962, p. 249). Dicho paseo se compone, primero, del ya aludido bosque oscuro de los autores, segundo, de un “camino ahuecado oculto [*verdeckter Hohlweg*]” a través del cual Freud conduce al lector y tercero, “el alto y la vista panorámica [*Aussicht*] y la pregunta: ¿Adónde desea dirigirse ahora?” (*Ibidem*). En estricto rigor, el inicio de la caminata incluso podría ser fijada antes, en el lema de *Die Traumdeutung* (1900 [1899]), a saber, el célebre ‘*Flectere si nequeo superos, Acheronta movebo*’ que implica desistir de la idea originalmente trazada y tomar un camino alternativo. Pero vamos por partes: primero, “no ver el bosque de tantos

⁵ Siguiendo a Schönau (2006), se emplea aquí la expresión imagen como un concepto supraordenado [*übergeordnet*] que abarca comparación (*simile*), parábola (*similitudo*) y metáfora (*metaphora*).

⁶ Berchtesgarden es una comuna situada en la zona alpina de Alta Baviera. Los reyes bávaros solían tener ahí su residencia de verano y después del fin de la Guerra Francoalemana se estableció como un centro de turismo debido a sus paisajes atractivos, aptos para el senderismo.

árboles” [*den Wald vor lauter Bäumen nicht sehen*] es una expresión coloquial alemana que fue difundida a través de distintos escritos de Christoph Martin Wieland y que significa pasar por alto, no ver [*übersehen*] algo evidente, dado que uno se detiene en lo particular, pero no alcanza a aprehender con la mirada el todo conformado por estas —en suma, una falta de visión abarcadora [*Überblick*]. El oscuro bosque de las referencias, por consiguiente, carece de la luz o iluminación que podría aportar una visión más esclarecedora, capaz de aportar *Aussicht*, ya sea esperanzas o perspectivas en el sentido óptico, con tal de reconocer los *Irrwege* como tales y no extraviarse en ellos. Segundo, un *Hohlweg*, literalmente un camino hueco, es una cañada, una vía surcada por el tránsito recurrente, que obstruye toda vista y obliga a los caminantes a circular por los desfiladeros preestablecidos. Freud emplea esta imagen para hacer alusión a aquella parte del tramo en el que la vista, al transitar por este camino producido ya sea por la erosión fluvial o el uso reiterado, está obstaculizada, no se ve el horizonte, y el caminante está obligado a avanzar por un camino principal y único, coercitivo y vinculante. Tercero, es recién al llegar a un terreno más elevado que permite mirar alrededor de uno que el lector puede hacerse la pregunta por su deseo y la dirección que este ha de tomar.

Walter Schönau en su estudio pionero o que abre, e indica, nuevos caminos [*wegweisend*] de la prosa freudiana ha hecho notar que la metafórica de la altura y de la vista despejada —nada original por lo demás y que, por ejemplo, ha inspirado a Isabel Platthaus a hablar de la *démarche* freudiana como un “viaje al infierno” (Platthaus, 2004)— recuerda (la imagen de) el paisaje [*Landschaftsbild*] relatado por Schiller al inicio de su poema “Der Spaziergang” en la misma secuencia: la vista, amplia y despejada, después del pas(e)o por un oscuro bosque de hayas. Otro antecedente posible, aportado por el mismo Schönau, serían los escritos en prosa de Gotthold Ephraim Lessing⁷. Al respecto, resulta llamativo que, luego de volver a invocar la idea de una caminata [*Wanderung*] en el capítulo V⁸, en el último

⁷ Otros antecedentes literarios del *Spaziergang* que forman parte del imaginario cultural del 1900 son, sin afán de exhaustividad, Joseph von Eichendorff (*O Täler weit, o Höhen, | o schöner grüner Wald, | du meiner Lust und Wehen | andächt'ger Aufenthalt*) y Adalbert Stifter (*Der Waldgänger*).

⁸ Concretamente, en el capítulo V, dedicado a analizar el material y las fuentes oníricas, no solo abundan las alusiones al camino (el más directo, el más corto, del pensamiento, el que conduce a Roma, etc.), sino que proyecta un nuevo camino: “Ahora, después de que hemos alcanzado nuestro destino [*Ziel*] por un camino determinado, estamos autorizados a regresar y buscar un nuevo punto

capítulo de *Die Traumdeutung* (1900 [1899]) deje que los senderos anteriormente abiertos desembocen en lo oscuro:

Pero antes de encaminar nuestros pensamientos por este nuevo sendero queremos hacer un alto y mirar hacia atrás para ver si en nuestra caminata [*Wanderung*] hasta aquí no hemos dejado sin considerar nada importante. Es que debemos tener bien en claro que el tramo cómodo y agradable de nuestro camino queda atrás. Si no estoy muy equivocado [*irre*], todos los caminos que hasta ahora emprendimos nos han conducido a la luz, al esclarecimiento y a la comprensión plena; a partir de este momento, en que pretendemos penetrar más a fondo en los procesos anímicos envueltos en los sueños, todas las sendas desembocan en la oscuridad. (Freud, 1900/1942, p. 515)

La función de esta imagen, lejos de reducirse a un propósito único y delimitable, es múltiple: en *La interpretación de los sueños* (1900 [1899]) —pues Freud la emplea en más de un texto (por ejemplo, en *La iniciación del tratamiento* (1913) o *El malestar en la cultura* (1930)— caracteriza la relación entre los distintos capítulos, hace de soldadura entre partes y sirve al lector como orientación en las encrucijadas del camino. En términos generales, está al servicio de la claridad, la plasticidad [*Anschaulichkeit*], otro concepto relacionado con el mirar [*schauen*], es decir, es una consideración con el lector.

Por ende, *La interpretación* (1900 [1899]) rubrica el abandono del paradigma empirista y, con ello, de su formato de comunicación privilegiado, el *paper* ‘científico’ —el *Hohlweg*—, a cambio de la consagración de su autor como escritor (Mahony, 1981). La inusual extensión del texto, que en las *Gesammelte Werke* al igual que en las *Obras Completas* ocupa dos tomos enteros, es la expresión de una voluntad investigativa resuelta, irrestricta e incontenible. Se combinan, entonces, un factor cuantitativo que se expresa en el carácter desmedido, excesivo, inmenso de su volumen, y un factor cualitativo, que guarda relación con la *Darstellung* de las ideas y el estilo de Freud. Aquel desde el inicio está atravesado por diferentes procedimientos y géneros, como no ignoraba el propio Freud que en *Estudios sobre la histeria* (1893-95) confesaba que le conmovía [*es berührt mich*] con extrañeza [*eigentümlich*] que sus historia(le)s clínicas [*Krankengeschichten*] —pero no

de partida para nuestras excursiones [*Streifungen*] por los problemas del sueño [...]” (1900/1942, p. 169).

exclusivamente estos— “se lean como unas novelas breves, y que en ellos esté ausente, por así decir, el sello de seriedad que lleva estampado lo científico” (págs. 174-175). Según conjetura a continuación, la ausencia del sello de la cientificidad se debería menos a sus propias preferencias (o deficiencias), sino más bien a “la naturaleza del objeto” (*Ibidem*), a saber, lo inconsciente. Esta intuición freudiana ha sido retomada por Samuel Weber quien convirtió en principio metodológico de su lectura —que él llama “problemática”— la hipótesis de que “el poder y el modo de acción de lo inconsciente necesariamente debe ser determinante *también para los escritos freudianos* —que lo urbanizaron [*erschlossen haben*] teóricamente” (1979, pág. 12).

2. Lo inconsciente existe y es lo psíquico verdaderamente real

En segundo lugar, *La interpretación de los sueños* (1900 [1899]), es un texto descomunal porque en él Freud se propone probar la existencia de lo inconsciente. El primer y principal objetivo de este colosal tratado es aquel de establecer, de manera inapelable, la existencia de un concepto controversial —y no solo en la época freudiana— y fecundo. *La interpretación* (1900 [1899]) es el testimonio tan elocuente como excesivo de aquel secreto que le habría sido revelado a Sigmund Freud, como éste bromeaba en una carta a Wilhelm Fliess (1900/1986, pág. p. 141 n. 29). Si el sueño, en tanto un fenómeno psíquico universal y que no pertenece al campo de la psicopatología, se vincula estrechamente con lo inconsciente, entonces, en la medida en que todos —más allá de nuestras diferencias de género, de clase o raza— soñamos, todos tenemos un inconsciente; o, más bien, estamos atravesados por él.

Mientras que en *Estudios sobre la histeria* (1893-95) lo inconsciente era tan solo una conjetura teórica necesaria para que se sostuviera la explicación de la conformación de los síntomas histéricos, ahora su misma existencia debía ser probada a través de las incontables interpretaciones oníricas que conforman en grueso del texto sobre los sueños⁹. En el apartado “F del capítulo VII se llama ‘Lo inconsciente y la conciencia – la realidad’”. Acerca de la psicología de los procesos

⁹ El libro contiene alrededor de 200 sueños; 50 de ellos son sueños del propio Freud.

oníricos, Freud reemplaza la idea de la existencia de dos sistemas cerca del extremo motor del aparato psíquico por la de “*dos procesos o modos en el curso de la excitación*”, cuyo supuesto nos fue sugerido por las elucidaciones psicológicas de los apartados precedentes” (1900/1942, pág. 614). En otras palabras, con respecto de lo inconsciente un modo tópico de representación debe ceder a uno dinámico; no es el constructo psíquico el que aparece como el elemento móvil de la ecuación psicoanalítica destinada a explicar la producción de constructos psíquicos, sino su innervación. Es también en este apartado en el que Freud se detiene, en apariencia para acusarse de haber practicado (López-Ballesteros dice “hecho”, Etcheverry “cultivado”) [*getrieben*] psicología ya sea “por nuestra propia cuenta” (López-Ballesteros) o “de nuestra propia cosecha” (Etcheverry) [*auf eigene Faust*¹⁰] y constatar que “ya es tiempo de mirar alrededor e ir en busca de las opiniones doctrinales que dominan la psicología de hoy” (1900/1942, pág. 616) con tal de examinar su relación con lo afirmado en las páginas anteriores. Esto, claro está, solo para reformular, mejor dicho: poner de cabeza, las palabras recias (López-Ballesteros: “rotundas”, Etcheverry: “autorizada”) de Lipps, sentenciando que “lo inconsciente [...] ha de ser supuesto como la base general de la vida psíquica” (Freud, 1900/1942, pág. 617). En otras palabras, la vida anímica, en contra de la convicción generalizada de la época, está sostenida sobre una base que es de carácter inconsciente. Siguiendo en esta línea, en el mismo apartado, Freud sentencia que “lo inconsciente es lo psíquico verdaderamente [*eigentlich*] real” (Ibidem).

Si en el punto anterior se había constatado cómo la proliferación expansiva (de sueños, de palabras, de páginas, de asociaciones) desborda de manera incontenible el molde coercitivo de la escritura científica que borra de ésta todo rasgo de singularidad y disuelve toda particularidad en un dominio regulado por leyes universales, dicho desborde implica la apertura hacia un formato aún incierto, por ensamblarse, en suspenso. Un formato por venir que, por un lado, le da la espalda a la producción automática, acéfala de *papers*, sin otro propósito que su misma producción (Garrido, 2018) y, por el otro, incorporaba recursos escriturales ya existentes, procedentes de otras disciplinas. De no ser por su incondicional transparencia en cuanto a sus fuentes —quizá con excepción del caso de

¹⁰ Esta expresión establecida, literalmente: “de puño propio” y que significa “por cuenta propia”, “por iniciativa propia”, “sin ayuda”, puede entenderse también como una alusión al personaje protagónico de *Faust* de Goethe. Sobre la identificación de Freud con él — con Mefistófeles, respectivamente, con el mismo Goethe— han corrido ríos de tinta.

Nietzsche—, podría hablarse de una genuina sustracción [*Entwendung*], ya que Freud, lejos de convertirse en escritor literario o creador poético, como un verdadero *bricoleur* arma, con las herramientas y materiales que tiene a mano, un formato que le permita cumplir su propósito: probar la existencia de lo inconsciente. Este giro [*Wende*] freudiano, más que un gesto esteticista o un mero detalle formal (en el sentido de lo que se opondría a lo que ‘verdaderamente importa’, el contenido, la sustancia), es, a su vez, el efecto del descubrimiento de lo inconsciente y de las leyes formales de éste. Es decir, la *Traumdeutung* (1900 [1899]), en un primer momento, se constituye bajo la impresión del encuentro que se produjo, con todo lo que ese encuentro tiene de azaroso y contingente, gracias a la relación de Freud con la lengua (Goldschmidt, 1988); y luego, en un segundo momento, el poder y modo de acción de ese inconsciente, una vez despojado de sus representaciones esencialistas, en la medida en que se estructura, precisamente, como una lengua, se fue desplegando en y a través del escrito al que gatilló. Por ende, *La interpretación de los sueños* (1900 [1899]) es inseparable de las leyes de la lengua que padece y luego describe, para finalmente conservar transmitir las.

3. Traum(be)deutung(en)

Tercero, el lugar destacado de *Die Traumdeutung* (1900 [1899]) se debe a su hipótesis: los sueños, en lugar de ser fenómenos carentes de sentido, insensatos, incluso disparatados [*sinnlos*], como solía sostener de manera unánime la comunidad científica de su época, son conformaciones psíquicas dotadas de sentido [*Sinn*] —y más de uno. Por lo tanto, desde el lugar periférico, marginado, al que habían sido exiliados debido a su aspecto insensato y su falta de productividad para el pensamiento científico, los sueños ahora pasan a situarse como un fenómeno psíquico paradigmático y su correspondiente proceso de producción se convertiría en un modelo para comprender la producción de lo psíquico como tal. Con su *Interpretación* (1900 [1899]), Freud rescata de las canteras del pensamiento occidental un epifenómeno, expulsado del campo de los fenómenos dignos de ser estudiados por la ciencia, alterando los cimientos del orden establecido entre lo normal y lo anormal, entre lo que es merecedor de un tratamiento científico y lo que no lo es. Este gesto, en los años siguientes, no se limitaría exclusivamente al sueño, sino que sería reiterado a propósito de los actos fallidos, el chiste, los síntomas y las obras de arte; es decir, la interpretación de los

sueños es solo el puntapié inicial para que se trastocara el mismísimo campo de lo psíquico.

En el segundo capítulo, titulado, algo engañosamente, “El método de la interpretación onírica. Análisis de un padrón onírico [*Traummuster*]” (López-Ballesteros prefiere decir “Ejemplo de un análisis de un sueño”, mientras que Etcheverry habla de un “sueño paradigmático”), luego de recordar el objetivo declarado de su texto, a saber, “demostrar que los sueños son susceptibles de interpretación [*Deutung*]”, Freud prosigue aclarando que “«interpretar un sueño» significa indicar su «sentido» [*Sinn*], reemplazarlo [*ersetzen*] por algo que se inserta como eslabón de plena importancia [*vollwichtig*] y de idéntico valor [*gleichwertig*] al encadenamiento de nuestras acciones psíquicas” (1900/1942, pág. 100). Sobre el sueño en cuestión, el llamado “sueño de la inyección de Irma”, se han derramado toneladas de tinta. En este lugar interesa reparar en dos pasajes. En concreto, es aquí que aparece, en este “patrón” o “ejemplo” de un sueño “paradigmático”, la célebre nota el pie, en la que Freud declara lo siguiente:

Sospecho que la interpretación de este fragmento no se condujo lo suficientemente lejos con tal de seguir a todo su sentido oculto. Si quisiera proseguir la comparación de las tres mujeres, me desviaría bastante. – Todo sueño tiene por lo menos un lugar [*Stelle*] en el cual es insondable [*unergründlich*], un ombligo por el que se conecta con lo no conocido (Freud, 1900/1942, pág. 116 n. 1).

En el capítulo VII se repite esta alusión al ombligo del sueño:

[Aun e]n los sueños mejor interpretados a menudo nos vemos obligados a dejar un lugar en sombras, pues en la interpretación se advierte que de ahí se eleva una madeja de pensamientos oníricos que no se deja desenredar, pero que tampoco han hecho otras contribuciones al contenido del sueño. Esto es entonces el ombligo del sueño, el lugar en que él se asienta en lo no conocido. Los pensamientos oníricos con que nos topamos a raíz de la interpretación tienen que permanecer sin cierre [*Abschluss*; López-Ballesteros: “no llegan nunca a un límite, Etcheverry: “sin clausura alguna”] y deben expirar hacia todos los lados [*nach allen Seiten hin auslaufen*; López-Ballesteros: “perdersé por todos lados”, Etcheverry: “desbordar en todas las direcciones”] dentro del tejido reticular de nuestro mundo de pensamientos. Y desde un lugar más espeso de ese tejido se eleva luego el deseo

del sueño como el hongo de su micelio [en la traducción de López-Ballesteros se omite la comparación con el micelio] (pág. 530).

Si *La interpretación* (1900 [1899]) se propone describir los movimientos realizados por la lengua y su analogía con aquellos de lo inconsciente, entonces, los pensamientos oníricos en el ombligo del sueño han de permanecer sin *Abschluss*. Por lo visto, Freud está pensando en la falta de la completación de algo, ya sea de un plan o proyecto, acaso de un *Bildungsgang*, el curso de estudios, literalmente: su andanza, o de una negociación. Los pensamientos oníricos permanecen *unabgeschlossen*, inconclusos, abiertos, sin llegar a fin ni conclusión [*Schluss*]. Cabe señalar que los pensamientos en cuestión no simplemente se desenvuelven ni extravían [*verlaufen*] en todas las direcciones, sino que *auslaufen*, lo que puede significar: primero, que un líquido salga (y se derrame) por una apertura como ocurre, por ejemplo, en una filtración; segundo, que (un barco) abandone un puerto, es decir, que zarpe, se haga a la mar; tercero, que algo llegue al momento en el que termina, por ejemplo un contrato; y cuarto, que un deportista, luego de la actividad realizada, realice un trote suave que no suponga esfuerzo adicional alguno, sino que constituya la transición hacia el reposo. Mientras que la primera y segunda alternativa suponen la continuación del movimiento, su derrame o despliegue, la tercera y la cuarta apuntan a la detención. Ambos traductores de Freud se decantan por insistir en la dispersión, excluyendo de esta manera la opción de interpretar el pasaje en cuestión como el enredo, causado por el equívoco al hacer punto, a saber, a modo de un retículo. Los pensamientos oníricos, de acuerdo a Samuel Weber (1979), en un movimiento que va desde el exterior hacia el interior, se derraman [*laufen aus*] para extraviarse [*verlaufen*] en el enrevesamiento reticular del mundo representacional del soñante. Se anudan en aquel lugar más espeso, a partir del que se eleva [*erhebt sich*] el deseo del sueño; en la lengua imaginal de Freud: “como el hongo de su micelio” (1900/1942, pág. 530). Las interpretaciones canónicas de este pasaje (Derrida, 1996; Felman, 1985; Lacan, 1978), han leído este fragmento como el límite irrebalsable de toda interpretación, como un callejón sin salida, más allá del que el lenguaje no puede ir. Sin embargo, la figura del micelio, que ha recibido más bien escasa atención, puede ser considerada parte del pensamiento imaginal freudiano, según ha sugerido Abi Curtis (2013). Desde un punto de vista biológico, es un cuerpo blando, que aún no ha ingresado al proceso de fosilización y, como resultado de lo anterior, su línea evolutiva estará siempre sujeta a especulación. Posee una especie

de prehistoria sin raíces, es difícil de clasificar, Linneo llamó *chaos* a su género y consiste en un entramado reticular establecido por sus hifas (del griego *huphé*, “tejido”, “red”). Curtis extrae la siguiente cita de *The Collins Guide to Mushrooms and Toadstools* de Stefan Buzacki: “A hypha is a thin-walled transparent tube [...] in length [it] is theoretically infinite. Hyphae are typically branched in many and often complex ways; [...] The ability of hyphae to fuse, not only with other hyphae that grew from the same spore, but sometimes with hyphae originating from other spores, raises an interesting question; how can one define an individual fungus?” (Buzacki en Curtis, 2013, p. 31). Es decir, el micelio es el resultado, preliminar, situado, del entrelazamiento producto de sus elementos individuales, en otras palabras, la composición de singularidades a través de sus vástagos. Se constata, de inmediato, una llamativa analogía entre el método freudiano y la descripción biológica del micelio. En otras palabras, la imagen del micelio, más que un recurso poético o la renuncia al pensamiento, es parte de la lengua y del pensamiento imaginal freudiano y, como tal, inseparable de la interpretación de los sueños —y del descubrimiento de lo inconsciente.

4. Hacia la producción

Cuarto, porque desplaza el énfasis desde la problematización del sueño pensado como un producto hacia la consideración, pormenorizada y prolija, de la producción de dicho sueño. Este cambio de acento puede ser leído como la repercusión —resistida e incluso negada, no sin cierto cinismo, por el propio Freud— del proyecto genealógico de Friedrich Nietzsche o de la crítica de la economía de Karl Marx y su corrosión de lo establecido a favor del examen de los procesos (de producción) constituyentes. Con esto, los fenómenos psíquicos dejan de estar sujetos a una mirada esencialista o ahistórica y pasan a ser concebidos como momentos del desarrollo de complejos procesos de producción, en los que convergen diferentes agentes y fuerzas. Si el sueño es la realización (enmascarada) de un deseo (inconsciente), entonces, en primer lugar, la fuerza dinámica que anima el sueño es el deseo; y segundo, el respectivo enmascaramiento del sueño, la solución de compromiso entre el deseo aludido y las fuerzas de la censura, sería el proceso que debe ser reconstruido con tal de inferir su(s) significado(s). Esta concepción de lo psíquico como una ensambladura contingente de un conjunto de fuerzas —y contrafuerzas— corroe los cimientos de la llamada psicología del yo

y se convertiría en una especie de sello de un pensamiento caracterizado por buscar lo dinámico, lo mutable, aquello que puede ser cambiado.

Una vez que había constatado que el sueño está construido a través de “una actividad anímica altamente complicada” (Freud, 1900/1942, pág. 127), puso el acento en la elaboración específica de los sueños, el llamado trabajo del sueño. Este desplazamiento sobre el proceso de producción va de la mano con la constatación de que “[e]l sueño en el fondo no es sino una *forma* particular de nuestro pensamiento” y es el trabajo del sueño “el que produce [*herstellt*] esta forma, y únicamente ella es lo esencial del sueño, la explicación de su singularidad” (1900/1942, pág. 510 n. 2). El aparato psíquico que se empieza a proyectar a lo largo de *La interpretación* (1900 [1899]) se caracteriza por realizar un trabajo.

Este cambio de énfasis desde el producto hacia su producción va de la mano con lo que Patrick Mahony ha calificado como un “estilo procesal”. Cabe recordar que para Mahony, el estilo “no solo incluye las distintas figuras retóricas, sino también a otros elementos retóricos clásicos, por ejemplo, la presentación, la estructura lógica y la estructuración del texto, la actitud ética adoptada por el hablante y su vínculo emocional con el público. El estilo literario”, así prosigue el argumento, “no puede ser opuesto al contenido, sino que más bien es la primera y última significación” (1981, pág. 10). El foco comprensivo en los procesos que preceden y determinan a los fenómenos a ser investigados —en este caso, el sueño— va de la mano con un creciente dar la espalda al estilo nominativo y un progresivo giro hacia el empleo de verbos, en alemán también llamados “palabras de hacer” [*Tuwörter*] o “de actividad” [*Tätigkeitswörter*]. Como ha enfatizado Isabel Platthaus, en *La interpretación de los sueños* (1900 [1899]) es sobre todo la imagen del río [en alemán *Fluss*, de *fließen*, fluir] la que facilita esta transición. Ya el lema del libro, la cita de la *Eneida*¹¹ en la que Juno desata los poderes violentos e inmisericordiosos del inframundo, resalta la constelación dinámica de fuerzas o poderes, ya sean superiores [*superos*] o pertenecientes al Hades, al Aqueronte o Aquerón [*Acheronta*], el río de la miseria o de la aflicción que lo atraviesa y que en algunos casos es utilizado como sinónimo del mismísimo inframundo. *Movebo* ha

¹¹ A pesar de que estaba familiarizado con la *Eneida* —en la *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901) llega a decir que podría recitarla de memoria—, según consta en una carta a Werner Achelis (1960, p. 372), no habría tomado este pasaje directamente de Virgilio, sino de un escrito de Lasalle.

sido traducido como “in Aufruhr setzen”, “stir up”, es decir, agitar, aguijonear, conmover, también en un sentido afectivo. La imagen del río que, como ha hecho notar Georges-Arthur Goldschmidt (1988), se corresponde con las mareas de la lengua, ilustra el mentado giro hacia los procesos (de producción) y grafica qué Freud no solo quiere triunfar en el plano la cura analítica, sino también en el campo de batalla de las ciencias. Lo inconsciente aparece como un flujo [*Fluss*] de representaciones inconscientes, representantes pulsionales y deseos inconscientes; la “movilidad libre” de las investiduras se perfila como unos de los factores cruciales para la tramitación de las demandas pulsionales.

Quinto, porque constituye un hito que marca un antes y un después. Más allá del legendario error (su editor retrasó la publicación de su “*Jahrhundertbuch*” con el propósito de que este abriera el siglo XX¹²), efectivamente afectó de manera irreversible no solo las investigaciones acerca del sueño, sino la manera en la que pensar lo humano en general [*überhaupt*]. Cuando Foucault (Foucault, 1995) llama a Freud un “fundador de prácticas discursivas” y le atribuye el haber cambiado tanto el espacio en el que los signos son considerados como tales, así como la misma estructura del signo, está pensando, sin lugar a dudas, también y quizá sobe todo en *La interpretación de los sueños* (1900 [1899]). Si pensamos en la lógica de las heridas narcisistas que el psicoanálisis freudiano, al igual que el modelo copernicano, la teoría de la evolución de Darwin, la filología y filosofía vital nietzscheana y el marxismo le infringieron a la representación que la humanidad se forja y cultiva respecto de sí, el texto en cuestión ocupa un lugar destacado junto a *De revolutionibus orbium coelestium* (1543), *On the Origin of Species by Means of Natural Selection, or The Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life* (1859), *Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie* (1867-1894), *Jenseits von Gut und Böse. Vorspiel einer Philosophie der Zukunft* (1886) y *Zur Genealogie der Moral. Eine Streitschrift* (1887).

Las ciencias humanas en general (Pietzcker, 1974) y las ciencias de la cultura (Lenk, 1983) celebraron la publicación del libro con entusiasmo, constatando una suerte de “afinidad lectiva” que dura hasta el día de hoy. Desde las lecturas filosóficas en el sentido disciplinar más estricto se abre el campo de recepción hasta su acogida

¹² Freud se dedicó a los sueños como problema científico a partir de 1895. Desde 1897 en adelante intensificó su trabajo para concluir el manuscrito en otoño de 1899.

de parte de las neurociencias (Koukkou, Leuzinger-Bohleber, & Mertens, 1998; Moser & von Zeppelin, 1999) y el neuropsicoanálisis (Kaplan-Solms & Solms, 2000). Más allá de las legítimas diferencias de sus respectivas lecturas, *La interpretación* (1900 [1899]) marca una brecha entre un antes y un después, cuyo impacto sostenido lo convierte en un texto crucial para comprender gran parte del debate contemporáneo.

5. Traiciones

Sexto porque, como ningún otro libro freudiano —y, quizá, incluso ningún otro libro— ha generado una repercusión tan intensa como extensa en el mundo de las llamadas ciencias del espíritu. Con este impacto no solo ha nutrido y agitado el debate contemporáneo, sino que, podría especularse, incluso ha salvado al mismo psicoanálisis de su olvido. Luego de haber sido inicialmente ignorado o fuertemente rechazado (Schmidt & Metentin, 1972), actualmente el texto ha sido traducido a más de 20 idiomas. En el caso del castellano, se cuenta no solo con una, sino con dos excelentes traducciones, lo que ha enriquecido significativamente la recepción y discusión de Freud en el mundo hispanoparlante; a diferencia, por ejemplo, de Alemania, donde la ilusión del acceso —irrestringido, inmediato— al original —virginal, inmaculado, no mancillado por las traducciones— ha tendido a materializarse en cierta tendencia a la naturalización del texto freudiano, cierta falta de conciencia de su carácter derivado, podría decirse ‘artificial’, que cursa con la inclinación obviar justamente aquello que no es comprensible de suyo, que no se aprehende de inmediato como parte de la textura primordial de un texto presuntamente originario. En el caso del castellano, el paso por el desvío, el rodeo por otra lengua pone de manifiesto algo que la pretensión del original oculta: que el texto freudiano en sí ya es una traducción. 124 años después de su primera edición, más allá de esta propensión a su asimilación precipitada en alemán, sigue siendo un texto polémico, incómodo, incomprendido y que exige nuevas lecturas que sean capaces de sacar a la luz aspectos hasta ahora ignorados o excluidos. Entre las diferentes lecturas a las cuales ha sido sometido el texto desde su publicación sobresalen algunas que, en la estela del llamado *linguistic turn*, favorecida por el surgimiento primero del llamado estructuralismo y luego del posestructuralismo, han hecho énfasis en la relevancia del lenguaje como un eje articulador del texto. Cabe destacar, al interior de ellas, la lectura de Jacques Lacan, asociada, el menos en un primer momento, a lo que

ha sido distinguido por sus exegetas (Widmer, 1990) como un *retour a Freud*, es decir, un retorno, no solo ni principalmente a la figura de Freud, sino, sobre todo, a los textos de Freud. De acuerdo a ello, su gesto —de lectura, clínico, político—, como ha sido documentado profusamente (Lang, 1986; Weber, 2000), consistió en retornar [*retourner*] a los textos freudianos en alemán, retomarlos, voltearlos, girarlos, volverlos en contra de ellos mismos, ponerlos de cabeza, arar y roturarlos, socavarlos, devolverlos, leyéndolos al pie de la letra, tomándoles —o incluso cobrándoles— no solo la palabra, sino su misma letralidad. Esta lectura, en el caso de Lacan, no pretendía establecer una interpretación canónica que zanjara, de una vez por todas, el revuelto conflicto de las interpretaciones (Weber, 1987), ni resolver —lo que constituiría un gesto genuinamente antifreudiano— de manera inequívoca cada una de las contradicciones inherentes al texto; más bien apuntaba a renovar, restituyéndolo, el ejercicio —infinito, *unendlich*— de leer. Lejos de constituir un ejercicio exclusivo del psicoanálisis, a partir de *Die Traumdeutung* [1900 [1899]], se empieza a perfilar una lectura específicamente psicoanalítica, en sus inicios estrechamente emparentada con la noción de interpretación y también de traducción. Su rendimiento crítico, sostenido en su voluntad de no detenerse ante las barreras impuestas por conceptos como el origen, el original o la primerísima versión de una obra, previa a toda copia o transcripción, ha sido crucial para rescatar al psicoanálisis del olvido o, incluso peor, de su falta de significación [*Bedeutungslosigkeit*], y poner a prueba su capacidad de integrar el proyecto de una ciencia de la cultura.

Concretamente, dichas lecturas, más allá de sus diferencias, le han concedido una relevancia crucial al capítulo VI de *La interpretación* (1900 [1899]), titulado '*Die Traumarbeit*', por lo general resaltando la descripción freudiana de los procesos de condensación y desplazamiento (Hill, 2006). En términos abreviados, aquella aproximación, auxiliada por alguna teoría general o específica del lenguaje —y que va desde la concepción del símbolo en Jones, pasando por cierta teoría de la lengua de inspiración heideggeriana, determinados elementos de una teoría de la acción comunicativa, el estructuralismo y la gramatología derridiana, para nombrar solamente a algunas— ha resaltado la articulación del sueño como un tejido lingüístico, que hace depender su producción, primero, de la palabra hablada, segundo, de cierta concepción del signo (que parte de Saussure y termina invirtiendo el esquema propuesto por éste) y, tercero, de determinadas leyes (diacronía y sincronía, metáfora y metonimia) que regulan los movimientos

posibles al interior de aquel espacio. La fertilidad de esta concepción es indudable y sus frutos han sido abundantemente cosechados a lo largo de los últimos decenios en el campo de la formación teórica en psicoanálisis y más allá de éste. Sin embargo, en lo que sigue, lejos de desconocer el indiscutido mérito de los principios aludidos y las lecturas asociadas, se propone, en cambio, someter a un *close reading* un pasaje introductorio de dicho capítulo. La lectura propuesta, más que identificar ciertas regularidades, acaso estructurales, del fragmento escogido, pondrá a prueba los efectos de algunas transformaciones —y desfiguraciones— del texto que consideren la preeminencia de la lengua —y no exclusivamente del lenguaje— y que esté abierta a una reconceptualización del signo que le asigne un lugar a la imagen y, con ello, haga un paso hacia la emancipación del ámbito de lo hablado, tal como ha sido concebido mayoritariamente a partir del mentado giro lingüístico, como su único dominio de validez. Se transcribe, a continuación, el pasaje a ser leído:

“Pensamientos y contenido onírico yace ante nosotros como dos (re)presentaciones [*Darstellungen*] del mismo contenido en dos lenguas [*Sprachen*] diferentes o, mejor dicho, el contenido onírico se nos aparece como una transferencia [*Übertragung*] de los pensamientos del sueño en otro modo de expresión [*Ausdrucksweise*], cuyos signos y leyes de ensambladura hemos de llegar a conocer mediante la comparación entre el original y la traducción. Los pensamientos oníricos nos son comprensibles sin más, una vez que los hemos experimentado. El contenido del sueño en cierto modo [*gleichsam*] está dado en una escritura imaginal [*Bilderschrift*] cuyos signos han de ser transferidos individualmente a la lengua [*Sprache*] de los pensamientos oníricos. Uno se vería conducido hacia el extravío [*in die Irre*], si es que uno quisiera leer estos signos según su valor imaginal en lugar de su relación significante. Por ejemplo, tengo una adivinanza imaginal (Rebus) ante mí: una casa, sobre cuyo techo se aprecia un bote, luego una letra individual, una figura en movimiento, cuya cabeza ha sido eliminada apostrofándola y así sucesivamente” (Freud, 1900/, págs. 283-284).

De las más de 700 páginas que integran *Die Traumdeutung* (1900 [1899]) este quizá sea uno de los fragmentos más significativos y enigmáticos. Significativo, porque en él, al inicio del capítulo VI —titulado ‘*Die Traumarbeit*’, lo que en la versión de López Ballesteros se traduce en ‘la elaboración onírica’, mientras que en

aquella de Etcheverry figura como “El trabajo del sueño”; Freud establece la relación entre varios conceptos relevantes no solo para la interpretación de los sueños: entre ellos, contenido manifiesto y latente, (re)presentación, escritura, imagen, transferencia, lengua, pensamiento. Enigmático, porque significa un desafío no solo a la comprensión, sino también a la traducción al castellano. Al respecto de esta cualidad *rätselhaft* del pasaje en cuestión —pero no solo de éste—, en el párrafo siguiente, Freud, luego de hacer alusión a la relación entre el original y la traducción, comentando el modo en que las palabras se encuentran unas a otras, reuniéndose [*zusammenfinden*], explicita que se trata de un *Bilderrätsel*, literalmente un enigma compuesto por imágenes, lo que se conoce como acertijo gráfico o rebus. La aclaración, de parte de Strachey, hecha en el capítulo anterior, a propósito de una expresión (“*Schwarzer, rett’ dich*”) que puede ser leída al menos en dos sentidos¹³ y que éste remite a los *Fliegende Blätter*, ya anticipa esta idea (a la) que (se) retornará más adelante.

Volviendo al apartado aludido, José López Ballesteros traduce como sigue: “Las ideas latentes y el contenido manifiesto se nos muestran como dos versiones del mismo contenido, en dos idiomas distintos, o, mejor dicho, el contenido manifiesto se nos aparece como una versión de las ideas latentes a una distinta forma expresiva, cuyos signos y reglas de construcción hemos de aprender por la comparación del original con la traducción. Las ideas latentes nos resultan perfectamente comprensibles en cuanto las descubrimos. En cambio, el contenido manifiesto nos es dado como un jeroglífico, para cuya solución habremos de traducir cada uno de sus signos al lenguaje de las ideas latentes. Incurriríamos,

¹³ “*Schwarzer, rett’dich*” literalmente puede leerse como “Negro, sálvate” o, en el decir de Etcheverry, “Tizón, apártate”. Otra lectura emparentada y no excluyente, que opera sobre la letalidad de la expresión, sometiéndola a un leve reordenamiento, en otras palabras, facilitando que las letras se encuentren unas a otras, da como resultado “*schwarzer Rettich*”, es decir, “rábano negro” —*Raphanus sativus* o, como López-Ballesteros agrega oportunamente: “*Rhaphanusniger*”. El análisis freudiano del sueño en cuestión pone el énfasis en cómo el material crudo de la producción onírica, lo dicho en la vida diurna, es despedazado, mutilado, alterado en un grado variable, sometido a toda clase de transmutaciones y, sobre todo, arrancado de su contexto (original). El desplazamiento entre niveles de significado (metafórico, literal o incluso letal), discursos (coloquial, botánico, literario) y lenguas (“alto” alemán, dialecto, latín), así como la flexibilización del concepto de *Darstellung*, por ejemplo, extendiéndolo a lo imaginario, aparece como un recurso crucial para la solución del enigma en cuestión.

desde luego, en error si quisiéramos leer tales signos dándoles el valor de imágenes pictóricas y no de caracteres de una escritura jeroglífica. Supongamos que tenemos ante nosotros un jeroglífico cualquiera de los muchos que se publican como pasatiempo. En él vemos una casa sobre cuyo tejado descansa una barca, y luego, a continuación, una letra y una figura humana, sin cabeza, corriendo desesperadamente, etc.”

Mientras que, en la traducción de José Luis Etcheverry, el pasaje en cuestión dice: “Pensamientos del sueño y contenido del sueño se nos presentan como dos figuraciones del mismo contenido en dos lenguajes diferentes; mejor dicho, el contenido del sueño se nos aparece como una transferencia de los pensamientos del sueño a otro modo de expresión, cuyos signos y leyes de articulación debemos aprender a discernir por vía de comparación entre el original y su traducción. Los pensamientos del sueño nos resultan comprensibles sin más tan pronto como llegamos a conocerlos. El contenido del sueño nos es dado, por así decir, en una pictografía, cada uno de cuyos signos se ha de transferir al lenguaje de los pensamientos del sueño. Equivocaríamos manifiestamente el camino si quisiésemos leer esos signos según su valor figural en lugar de hacerlo según su referencia signante. Supongamos que me presentan un acertijo en figuras: una casa sobre cuyo tejado puede verse un bote, después una letra aislada, después una silueta humana corriendo cuya cabeza le ha sido cortada, etc.” (Freud, 1900/1986, págs. 285-286).

Las dos versiones oficiales existentes en el castellano, más que constituir diferentes variaciones enfrentadas en una lucha a muerte por imponerse como texto de referencia único, en realidad, en sus variaciones y matices, constituyen el texto freudiano para el lector hispanoparlante y, por consiguiente, habilitan a determinadas interpretaciones, excluyendo a otras. A diferencia del alemán, donde se presenta como un texto único, monolítico y cerrado, en castellano el texto se abre a diferentes registros, superficies y planos. Con ello, la traducción, irreducible a un texto único, explicita cierta movilidad, tanto de las palabras como de las letras e imágenes, inherente al texto freudiano, que el lector en alemán, siguiendo el ejemplo freudiano, primero debe quebrantar, alterar e implantar en diversos contextos. Cabe recordar que las elecciones que va tomando cada traductor no responde, al menos no exclusivamente, ni a un capricho ni a una voladura, salvo que este término se emplee de manera alusiva a lo dicho en *La letra volada* de Pablo

Oyarzun (2009), sino que —primero, en su carácter de *volée, purloined*, robado; segundo, no del todo atento o, por las razones que sean, aparentemente no en plena posesión de sus facultades cognitivas, dado a volar por los aires; pero también, tercero, de fracturar o fragmentar, de hacer saltar con violencia ya sea la roca o, al menos, ciertos fragmentos de ella, que constituye el texto— responden y conforman determinados modos de leer el texto.

Así, por ejemplo, mientras que López Ballesteros traduce “*Traumgedanken*” como “ideas oníricas”, Etcheverry, en cambio, habla de “pensamientos del sueño”. *Traumgedanken*, primero, implica el guiño, tanto literal como conceptual, al procedo de pensar [*Denken*], en este caso, el *Traumdenken*, el pensar *del* sueño que, a su vez, significa tanto la representación, el pensamiento mediante, *del* sueño como un problema científico, así como el pensar que no solo es efectuado por el sueño, sino que *es* el mismo sueño. Segundo, una leve alteración de la palabra, a saber el cambio de una vocal (‘a’) por otra (‘e’) da como resultado el *Traumgedenken*, lo que implica la dimensión del re- o conmemorar asociada indisolublemente al acto de pensar. El vocablo “ideas” si bien permite desplegar el primer recorrido aludido, aunque sea por una vía menos intuitiva, más erudita, pues implica tomar el camino por la doctrina (platónica) de las ideas, no se presta, al menos no espontáneamente, a ninguna de las operaciones materiales sugeridas por las transmutaciones posibles de “*Traumgedanken*”. No obstante, su significado, del griego antiguo ἰδέα, “*Gestalt*”, “aparición”, “aspecto”, “imagen primordial” abre otra secuencia interesante que lleva a la noción de imagen originaria, algo más bien desestimado por el pensamiento tal como lo piensa la traducción occidental moderna. Aquí la traducción al castellano destaca una vía del pensar menos visible en el texto alemán, aunque, como prueban las múltiples apariciones de lo imaginal en el libro de los sueños, presente, aunque sea entre líneas.

Luego, cuando Freud dice que pensamientos y contenido onírico serían dos *Darstellungen* del mismo contenido, López Ballesteros habla de dos “versiones” y Etcheverry de “figuraciones”. Estas elecciones nuevamente distan de ser irrelevantes, pues el problema de la *Darstellung* atraviesa como un hilo rojo el texto sobre la interpretación de los sueños —y, como se podría conjeturar en virtud del carácter fundacional o fundamental del escrito para la práctica psicoanalítica, toda la obra freudiana. Mientras que “versión” se utiliza, por ejemplo, como sinónimo

de “traducción” y, por lo general, hace alusión a diferentes modos de referirse, mediante una narración o descripción —o también una interpretación, ya sea de un texto o, por ejemplo, de una partitura—, a un mismo asunto, “figuración”, en cambio —una expresión coloquialmente se emplea para decir que se trata (solamente) de invenciones o imaginaciones—, desplaza el problema hacia el campo de lo figural. En todo caso, ninguno de los dos opta por decir (re)presentación, presentación ni exposición en lugar de *Darstellung*, que sería la traducción más cercana y recurrida en el mundo de las humanidades. Por razones incomprensibles, en la misma oración López Ballesteros, a diferencia de Etcheverry (que emplea “trasferencia”), insiste en volver a utilizar “versión” cuando Freud dice que los pensamientos serían el resultado de la *Übertragung*, es decir, de la transferencia, la transmisión, la cesión, la asignación, la traducción, pero también el contagio, de los contenidos del sueño. En la medida en que el vocablo en cuestión establece la naturaleza, tanto del pensamiento como del contenido oníricos, se trata de un asunto crucial para establecer la constitución y consistencia de aquello que se va articulando en cada uno de los planos emparentados por remitir a un mismo asunto. Y no solamente esto, sino que, adicionalmente, también condicionará el cómo lidiar —por ejemplo, interpretativamente— con los anteriores, respectivamente, la relación entre ambos.

Luego, cuando Freud dice que la transferencia anteriormente aludida ocurriría pasando desde una *Ausdrucksweise* a otra, López Ballesteros elige traducir “forma expresiva” y Etcheverry, a cambio, opta por “modo de expresión”. Mientras *Ausdruck* presenta pocas dudas, pues literalmente significa “expresión” (*aus* es “fuera” y también “de, por”, *Druck* “presión”, “opresión”, incluso “impresión”), *Weise* se presta a discrepancias. Se trata de una palabra germánica, alto alemán antiguo *wīsa*, *wīs*, alto alemán medio *wīse*, *wīs* documentada desde el siglo VIII, que hace alusión ya sea a la manera [*Art*] particular en la que algo transcurre o también el método que alguien aplica (Freud, por ejemplo, al interpretar los sueños), ya sea a la secuencia de sonidos que da como resultado una melodía. “Forma” en principio parece más acotado (o incluso restringido), pues no necesariamente transmite la idea del transcurso de algo ni de su musicalidad, dos aspectos que enriquecen los modos de comprender la configuración del sueño.

Después de estas discrepancias que, por muy significativas que sean, son más bien de carácter puntual, circunscrito, viene el pasaje en el que se presentan las

diferencias más acentuadas —y decisivas. En él, Freud establece que el contenido del sueño (al que López Ballesteros, sin necesidad aparente, aunque sin que ello constituya un error, insiste en llamar “contenido manifiesto”) estaría dado [*gegeben*] en cierto modo [*gleichsam*] como una *Bilderschrift* cuyos signos han de ser transferidos, uno por uno [*einzel*], a la lengua de los pensamientos oníricos. Ambos traductores, a diferencia de la primera aparición de *Sprache*, que ocurre en el contexto de la multiplicidad y de la necesidad de recurrir a la traducción, deciden traducir este vocablo por lenguaje —y no por lengua. Con esta decisión se sitúan en la vecindad del *linguistic turn* y de determinadas lecturas de Freud, entre ellas, la de Jacques Lacan y Jacques Derrida, que han contribuido, con sus respectivas diferencias, a la sobrevida de éste. Se encuentran en sintonía, pues, con el dictamen lacaniano que establece que “l’inconscient est structuré comme un langage” y que ha sido repetido por Joel Dor (2002), Paul Ricoeur (1965), Michel Henry (1985), André De Waelhans (1972), Bruce Fink (1997) y otros.

La palabra compuesta *Bilderschrift* (*Bilder*: plural de *Bild*, “imagen”, “ilustración” y *Schrift*, “escritura”, “escrito”, “caracteres” o “letra”), en principio, puede ser leída de dos maneras: primero, como escritura hecha, integrada, armada o incluso ejecutada por imágenes. En este caso, las imágenes son el medio de la escritura, su materia o incluso su fuerza escriturante. Segundo, como escritura de, acerca de, sobre imágenes. Aquí las imágenes pasarían a ser el objeto de la escritura, eventualmente reemplazadas por otros signos que, en ausencia de lo significado, hacen de lugartenientes de estas. Es decir, las *Darstellungen* aludidas son, entonces, ensambladas por una escritura que es de carácter imaginal. “Jeroglífico” (del griego ἱερός, “sagrado”, γλυφή, “cincelado”, “grabado”), que es la opción de López Ballesteros, designa tanto el signo escritural con evidente carácter imaginal, así como al sistema de escritura que se sirve de tales signos o caracteres. Evoca espontáneamente la asociación con los jeroglíficos egipcios. Se utiliza cotidianamente para referir a una imagen visual o escritura difícil de entender o interpretar, eventualmente un pasatiempo o juego de ingenio consistente en descifrar un mensaje que aparece expresado mediante un conjunto de signos y figuras. “Pictografía” (del latín, *pictum*, “imagen” y *γράφειν*, “escribir”), a su vez, que es como dice Etcheverry, sería una suerte de traducción literal de *Bilderschrift*, es decir, una escritura por medio de signos gráficos que no representan sonidos, sino objetos. A su vez, *Bilderschrift* se distingue de *Schriftbild*, a saber, la *Gestalt* de (los signos de) la escritura de un texto. La pregunta por la clase

de escritura en la que está dada el contenido del sueño y el lugar que las imágenes juegan en todo aquello incita a toda clase de relaciones entre palabras y conceptos relacionados. La riqueza de las asociaciones establecidas y, con ello, la complejidad del pensamiento generado al respecto, depende, nuevamente, de los vínculos facilitados —por las distintas vías evocativas (que incluyen, sin afán de completitud, lo material, lo sonoro, lo imaginal, lo simbólico)— por las traducciones en cuestión.

Como un comentario al margen, una discrepancia menor entre ambas traducciones es que López Ballesteros, en este caso adhiriendo a cierta materialidad letral de las palabras, explicita la analogía entre la transferencia [*Übertragung*] y la traducción [*Übersetzen*], Etcheverry, en cambio, adhiere al “trasferir” más apegado al verbo *übertragen* en alemán. Más allá de esta diferencia, el fragmento revisitado revela ser un texto caracterizado por un singular espesor, resultado de la comprensión que acompaña el proceso escritural freudiano y del empleo, por un lado, de palabras polisémicas, en algunos casos, compuestas (Grubrich-Simitis, 1993) y, del otro, de imágenes escriturales irreductibles a significados únicos.

6. Conclusiones

La interpretación de los sueños (1900 [1899]) con el paso de los años ha confirmado ser un texto complejo, poliestratificado, prácticamente inagotable en cuanto a las interpretaciones que gatilla, algunas de ellas con el debido retraso y el respectivo efecto de retroactividad. Estas lecturas, lejos de ser inocentes, responden a determinadas voluntades de interpretación o pulsiones epistemofílicas [*Wissenstriebe*] no siempre explicitadas; su rendimiento, no obstante, trasciende estas motivaciones y está sujeto a revisión, dependiendo del contexto epistémico actual. El campo, abierto e implicado en un incesante proceso de reconfiguración, que se ha conformado —y desconfirmado— a lo largo de los últimos decenios como resultado de ese enrevesado conflicto de las interpretaciones (Ricœur, 1969), ha favorecido aquellas asimilaciones que han priorizado el eje lingüístico como su aproximación central. Esta hegemonía, por un lado, ha generado gran cantidad de lecturas fecundas, algunas de ellas sorprendentes, otras más convencionales, otras chocantes; por el otro lado, ha excluido *a priori* a otras lecturas, más allá de su coherencia o lógica internas. Más allá de las lecturas que hayan sido excluidas simplemente por una razón, llámese estructural, y que guarda relación con el hecho de que una cierta lectura, sea cual sea, para constituirse como tal necesariamente

tiene que suprimir a otras con tal de perfilarse a partir de la ausencia de éstas, existen otras lecturas que se excluyen porque determinados conceptos rectores de las lecturas vigentes cobran un protagonismo tal que se instituyen en tanto dominantes por sobre otras variaciones conceptuales. Un ejemplo de lo anterior lo conforma la premisa de que el inconsciente estaría estructurado como un lenguaje —y no como una lengua. El desplazamiento de la consideración del lenguaje como un sistema universal abstracto, regulados por determinadas leyes que acotan las posibilidades de los movimientos posibles en el espacio simbólico, hacia la multiplicidad de las lenguas, en tanto formas singulares de articularse lo inconsciente, tiene efectos precisos para la lectura resultante de *Die Traumdeutung* (1900 [1899]). No se puede insistir lo suficientemente en que el desplazamiento [*Verschiebung*] desde el lenguaje hacia las lenguas implica que no se trata de una lengua distinguida, una lengua única debido a las características que se le puedan atribuir, sino precisamente del paso hacia diferentes [*verschiedene*] lenguas, hacia la diferencia [*Unterschied*] entre las lenguas. El aludido cambio de énfasis trae aparejado una creciente consideración de la relevancia de la traducción, tanto del texto freudiano como de su lugar al interior y más allá de éste, como relación entre al menos dos lenguas. Dicha relevancia, para decirlo abreviadamente, reside menos en reproducir literalmente el texto original, sino en atender a los movimientos de la lengua efectuados e insinuados [*angedeutet*] por éste y considerar, o incluso señalar [*deuten*], en la justa medida, su letralidad.

Aparte de esta diferencia, que en la lengua castellana se reduce a una sílaba —el *je*, la contraparte del *moi*, el desglose, en francés, del principal objetivo de la crítica lacaniana a la *ego psychology*—, ambas lecturas comparten un mismo método, el método freudiano expuesto y ejercido en *La interpretación* (1900 [1899]): favorecen una relación psicoanalítica al texto, pues, parafraseando a Samuel Weber (2000), están atentas a la distinción entre lo representado y el proceso de su representación. Reiteran, en ese sentido, el desplazamiento freudiano desde el sueño, en tanto producto de un complejo proceso psíquico, y el correspondiente trabajo onírico conducente al resultado en cuestión. El análisis crítico de dicho proceso, que ha de ser reconstruido conjeturalmente a partir del relato del sueño, es el mismísimo objeto de *La interpretación de los sueños* (1900 [1899]). En otras palabras, ésta no trata tanto de los sueños, ni principalmente de su interpretación, sino del proceso, inferido a posteriori [*nachträglich*], mediante el cual estos se configuran. La originalidad de Freud consiste no solo en concebir lo inconsciente

como una lengua, acaso describiendo ciertas leyes universales y su cumplimiento, sino en distinguir como característica principal de aquella lengua no su funcionamiento impecable, predecible, conforma a la ley, sino a cierto descarrío del sentido, en palabras de Weber, su “*Entgleisung*” (2000, pág. 16). Un descarrilamiento consiste precisamente en que algo, de manera imprevista, se sale de la vía [*Gleis*] que debía conducirlo hacia su destino de manera segura, sin incidentes. La vía regia hacia el conocimiento de lo inconsciente, en conformidad con lo anterior, no es en ningún caso una vía recta, acaso el camino más corto desde un punto a otro, sino un desvío. La forma lingüística que le llama la atención a Freud es aquella que se deforma, se sale de los carriles rodados y, por ende, convencionales [*eingefahrene Gleise*], abriéndose paso inesperadamente para establecer conexiones inesperadas y siempre fallidas. Dichas deformaciones acontecen no en un plano general, acaso desafectado, ni en un lenguaje abstracto o universal, sino en y a través de la materialidad de una lengua concreta, particular, siempre imperfecta. Si la transmisión del descubrimiento no puede no ser afectada por el funcionamiento de lo descubierto, entonces el texto sobre la interpretación de los sueños lleva la marca imborrable de la articulación, el funcionamiento anteriormente aludido de la lengua mediante, de estos. Los movimientos de la lengua —ya sean estos insinuados, efectuados o impedidos— al interior del mismo texto freudiano no son un accidente ni un mal menor que haya que asumir, sino la transmisión de su mismo descubrimiento.

Las propiedades del texto freudiano del siglo —que es, al mismo tiempo, un texto sobre las siglas y un texto desigual— y que lo convierten en un texto monstruoso [*ungeheuer*], son menos atributos artificiales o azarosos, sino, más bien, perpetuación, sobrevida de lo inconsciente y su descubrimiento. El resultado, a su vez producto de su correspondiente proceso de producción —cuyo inicio no puede ser fijado con precisión y cuyo fin, a pesar de los reiterados cantos del cisne, aún no se vislumbra—, invita a renovar el gesto inaugural freudiano al someterlo, a su vez, a una lectura psicoanalítica. De esta manera, las imágenes del camino [*Weg*], el río o flujo [*Fluss*] y la escritura imaginal [*Bilderschrift*] resultan ser ni meros recursos poéticos ni ‘ilustraciones’ del pensamiento al interior del texto, sino puntos de partida para proyectar los mentados movimientos más allá del texto del que nacen. Así, el *Weg* evocado reiteradamente a lo largo de *Die Traumdeutung* (1900 [1899]), por un lado, funciona en tanto luego de mostrar su imposibilidad [*Ausweglosigkeit*] en el tupido bosque de las referencias literarias, luego toma un

desvío [*Umweg*] necesario para acceder a la comprensión de lo inconsciente, sendero que se proyecta a través de algo ausente [*weg*], encauza el movimiento [*Bewegung*], sin que este alguna vez deje de estar en camino [*unterwegs*]; por el otro, en tanto imagen del pensar, permite contraponer el desfiladero, la angostura, la cañada a las sendas o derroteros que no solo describen el camino freudiano del pensar, sino que lo movilizan a través de otro registro, a saber, el registro de las imágenes. En este dominio, las imágenes ya no se conectan mediante la libre desplazabilidad de las letras, sino por vía de su poder intuitivo y evocativo. Las asociaciones así establecidas corresponden a otra lógica, abren otras posibilidades vinculares y caracterizan al pensamiento de Freud como una reflexión peregrina [*wandernd*] y cambiante [*wandelnd*].

Lo mismo vale para el *Fluss* que, en tanto el río Acheronta, abre el libro para luego estructurarlo y otorgarle esa característica fluidez [*Fluss*] del texto freudiano que nunca parece fosilizarse y siempre mantiene su movilidad en suspenso. Más allá de que *Fluss*, del latín *fluvius*, y *fließen*, del indogermánico *pleud* —y no Freud—, no compartan una misma etimología, es decir, no nazcan de una misma fuente, se conectan sintagmáticamente en tanto imágenes del pensar, en cierto modo, como si fueran vasos comunicantes. El ombligo del sueño y la imagen del micelio con las cuales Freud se encuentra en su fantasía de un paseo emprendida por *Die Traumdeutung* (1900 [1899]) y que parece anteponerle una barrera infranqueable, ilustran, de manera ejemplar, aquel entrelazamiento rizomático entre filamentos tubulares. La *démarche* freudiana no solo se conecta, en este punto, con la botánica y la biología, y su correspondiente repertorio representacional, sino que se ve potenciada por el recurso imaginal que opera en otro espacio, el espacio de las imágenes. El río del inframundo, modelo hidráulico, la mar como medio de las pulsiones se refuerzan mutuamente a través de un plexo relacional de relaciones de reciprocidad establecido por una vía alternativa a las asociaciones meramente lingüísticas en el sentido tradicional —y ello sin considerar los trabajos tempranos de Freud sobre los testículos de las anguilas. El inconcluso proyecto bioanalítico de Ferenczi (Willner, 2020; Willner, 2021) o el ‘sentimiento oceánico’ son tan solo dos derivas posibles de este fecundo retículo imaginal.

De esta forma, la escritura freudiana se sirve de las mentadas *Denkbilder* que, en tanto condensaciones sobredeterminadas y de múltiples estratos, vehiculizan un pensamiento imaginal, un pensar en imágenes, tal como Sigrid Weigel lo ha

descrito, por ejemplo, en el caso de Walter Benjamin (Weigel, *Die Kreatur, das Heilige, die Bilder*, 2008). Estas imágenes del pensar, en las que, como ya constaba en *Berliner Kindheit* de Walter Benjamin, se borra la diferencia entre forma y contenido, entre envoltorio y lo envuelto, se perfilan en el texto freudiano como figuras polisémicas de un camino del pensar que no renuncia a sus cualidades intuitivo-ilustrativas [*anschaulich*] y que no se conforma con transcurrir por las sendas pregrabadas. Obligan a considerar la posibilidad de una “lengua de las cosas” —y su respectiva traducción a la lengua de las palabras—, que se expresa como “presentaciones [Darstellungen] (escritas) de representaciones [Vorstellungen] que en el camino hacia una imitación lingüística de la representación vuelven a liquidificar el movimiento en ella detenido” (Weigel, 1997, pág. 58) La exploración del potencial de esta dimensión del psicoanálisis freudiano, a partir de *La interpretación de los sueños* (1900 [1899]), aunque no exclusivamente ahí, es una deuda que aún mantenemos con el legado de Freud.

NIKLAS BORNHAUSER.

«Senderos extraviados, flujos libidinales e imágenes del pensar en La interpretación de los sueños (1900 [1899])».

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 15 N° especial. Interpretar, comprender, traducir: estrategias ante lo irrepresentable. ISSN 0718-8382, septiembre 2024, pp. 105-138

Referencias

Bornhauser, N. (2022). La desfiguración [Entstellung] –un concepto desfundamental para la teoría y la práctica. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 42(141), 75-93.

Curtis, A. (2013). MUSHROOMING: resistance and creativity in Sigmund Freud and Emily Dickinson. *Angelaki: Journal of the Theoretical Humanities*, 2(18), 29-44.

Danckwardt, J. F. (2000). Buchessay. Traum ohne Ende. *Psyche*(12), 1283–1296.

Derrida, J. (1992). Être juste avec Freud. L'histoire de la folie à l'âge de la psychanalyse. En F. Bing, G. Canguilhem, J. Derrida, A. Farge, R. Major, A. Pirella, É. Roudinesco, *Penser la folie. Essais sur Michel Foucault* (pp. 139-195). Paris: Galilée.

Derrida, J. (1996). *Résistances de la psychanalyse*. Paris: Galilée.

Dor, J. (2002). *Introduction à la lecture de Lacan*. Paris: Denoël.

Ermann, M. (2005). *Träume und Träumen*. Stuttgart: Kohlhammer.

Felman, S. (1985). Postal Survival, or the Question of the Navel. *Yale French Studies*(69), 49–72.

Fink, B. (1997). *The Lacanian Subject: Between Language and Jouissance*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

Foucault, M. (1995). *Nietzsche, Freud, Marx*. Buenos Aires: El cielo por asalto.

Frege, G. (1988). *Die Grundlagen der Arithmetik. Eine logisch mathematische Untersuchung*. Hamburg: Felix Meiner.

Freud, S. (1893-95/2010). Estudios sobre la histeria. En S. Freud, *Obras Completas* (Vol. II). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1900/). *Die Traumdeutung*. Frankfurt a. M.: Fischer.

Freud, S. (1900/1942). Die Traumdeutung. En S. Freud, *Gesammelte Werke* (Vol. II/III). Frankfurt a. M.: Fischer.

Freud, S. (1900/1942). Die Traumdeutung. En S. Freud, *Gesammelte Werke* (Vol. II/III). Frankfurt a. M.: Fischer.

Freud, S. (1900/1986). La interpretación de los sueños. En S. Freud, *Obras Completas* (Vol. IV). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1960). *Briefe 1873-1939*. Frankfurt a. M.: Fischer.

NIKLAS BORNHAUSER.

«Senderos extraviados, flujos libidinales e imágenes del pensar en La interpretación de los sueños (1900 [1899])».

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 15 N° especial. Interpretar, comprender, traducir: estrategias ante lo irrepresentable. ISSN 0718-8382, septiembre 2024, pp. 105-138

Freud, S. (1962). *Aus den Anfängen der Psychoanalyse. Briefe an Wilhelm Fliess*. Frankfurt a .M. : Fischer.

Garrido, J. M. (2018). *La producción científica*. Santiago: Metales Pesados.

Geisenhanslüke, A. (2008). *Das Schibboleth der Psychoanalyse. Freuds Passagen der Schrift*. Bielefeld: transcript.

Goldschmidt, G.-A. (1988). *Quand Freud voit la mer. Freud et la langue allemande*. Paris: Ed. Buchet-Chastel.

Gondek, H.-D. (1990). *Angst, Einbildungskraft, Sprache · ein verbindender Aufriß zwischen Freud - Kant - Lacan*. München: Boer.

Grubrich-Simitis, I. (1993). *Zurück zu Freuds Texten : stumme Dokumente sprechen machen*. Frankfurt am Main: Fischer.

Grubrich-Simitis, I. (2000). Metamorphosen der 'Traumdeutung'. En J. Starobinski, I. Grubrich-Simitis, & M. Solms, *Hundert Jahre 'Traumdeutung' von Sigmund Freud. Drei Essays* (pp. 49-100). Frankfurt a. M.: Fischer.

Heidegger, M. (2002). *Observaciones relativas al arte- la plástica - el espacio; El arte y el espacio*. Navarra: Cuadernos de la Cátedra Jorge Oteiza.

Henry, M. (1985). *Généalogie de la psychanalyse*. Paris: PUF.

Hill, C. (2006). *El lenguaje de la noche: cómo entender el paisaje de los sueños*. Santiago: RIL Editores.

Kaplan-Solms, K., & Solms, M. (2000). *Clinical Studies in Neuro-Psychoanalysis: Introduction to a Depth Neuropsychology*. Madison, Conn.: International Universities Press.

Koukkou, M., Leuzinger-Bohleber, M., & Mertens, W. (1998). *Erinnerung von Wirklichkeiten. Psychoanalyse und Neurowissenschaften im Dialog*. Stuttgart: Verlag Internationale Psychoanalyse.

Lacan, J. (1956). La chose freudienne ou Sens du retour à Freud en psychanalyse. *Evolution psychiatrique*(1), 225-252.

Lacan, J. (1978). *Le séminaire Livre II : Le moi dans la théorie de Freud et dans la technique de la psychanalyse (1954-1955)*. Paris: Seuil.

Lang, H. (1986). *Die Sprache und das Unbewußte: Jacques Lacans Grundlegung der Psychoanalyse*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp.

Lang, H. (2016). *Strukturelle Psychoanalyse*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp.

NIKLAS BORNHAUSER.

«Senderos extraviados, flujos libidinales e imágenes del pensar en La interpretación de los sueños (1900 [1899])».

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 15 N° especial. Interpretar, comprender, traducir: estrategias ante lo irrepresentable. ISSN 0718-8382, septiembre 2024, pp. 105-138

Lenk, E. (1983). *Die unbewußte Gesellschaft. Über die mimetische Grundstruktur in der Literatur und im Traum*. Berlin: Matthes & Seitz .

Mahony, P. (1981). *Freud As a Writer*. New York: International University Press.

Marinelli, L., & Mayer, A. (2000). *Die Lesbarkeit der Träume. Zur Geschichte von Freuds »Traumdeutung«*. Frankfurt a. M.: Fischer.

Moser, U., & von Zeppelin, I. (1999). *Der geträumte Traum. Wie Träume entstehen und sich verändern*. Stuttgart: Kohlhammer.

Nischik, R. M., & Rosenthal, C. (2002). *Schwellentexte der Weltliteratur*. Konstanz: Universitätsverlag Konstanz.

Oyarzún, P. (2009). *La letra volada. Ensayos sobre literatura*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.

Pietzcker, C. (1974). Zum Verhältnis von Traum und literarischem Kunstwerk. En J. C. (ed.), *Psychoanalytische Textinterpretation* (pp. 57-68). Hamburg: Camnpe.

Platthaus, I. (2004). *Höllenfahrten. Die epische 'katábasis' und die Unterwelten der Moderne*. Frankfurt a. M.: Wilhelm Fink.

Ricœur, P. (1965). *De l'interprétation*. Paris: Seuil.

Ricœur, P. (1969). *Le conflit des interprétations, Essais d'herméneutique*. Paris: Seuil.

Schmidt, T., & Metentin, C. (1972). Bemerkungen zur Rezeption von Freuds Traumdeutung anlässlich des Nachdrucks der Rezension von Carl Metzentin »Wissenschaftliche Traumdeutung«. *Psyche*, 9(26), 707–715.

Waelhens, A. D. (1972). *La Psychose. Essai d'interprétation analytique et existentielle*. Louvain-Paris: Nauwelaerts.

Weber, S. (1979). *Freud-Legende*. Olten: Walter.

Weber, S. (1987). *Institution and Interpretation*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Weber, S. (2000). *Rückkehr zu Freud. Jacques Lacans Ent-stellung der Psychoanalyse*. Wien: Passagen Verlag.

Weigel, S. (1997). *Entstellte Ähnlichkeit. Walter Benjamins theoretische Schreibweise*. Frankfurt a. M.: Fischer.

Weigel, S. (2008). *Die Kreatur, das Heilige, die Bilder*. Frankfurt a. M.: Fischer.

NIKLAS BORNHAUSER.

«Senderos extraviados, flujos libidinales e imágenes del pensar en La interpretación de los sueños (1900 [1899])». HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 15 N° especial. Interpretar, comprender, traducir: estrategias ante lo irrepresentable. ISSN 0718-8382, septiembre 2024, pp. 105-138

Widmer, P. (1990). *Subversion des Begehrens. Jacques Lacan oder Die zweite Revolution der Psychoanalyse*. Frankfurt a. M.: Fiascher.

Willner, J. (2020). Neurotische Evolution: Bioanalyse als Kulturkritik in »Jenseits des Lustprinzips«. *Psyche*, 11(74), 895–921.

Willner, J. (2021). Das Problem mit dem Erbe: Ferenczis Organologie und die Politik der Bioanalyse. *Riss*(94), 81-97.

Wirth, U. (2007). Zwischen genuiner und degenerierter Indexikalität: Eine Peircesche Perspektive auf Derridas und Freuds Spurbegriff. En S. Krämer, W. Kogge, & G. Grube, *Spur. Spurenlesen als Orientierungstechnik und Wissenskunst* (pp. 55–81). Frankfurt a. M.: Suhrkamp.